

CAMINOS

Fredi E. Goyeneche

Un día saliste decidido a encontrarte con la verdad de frente. Así que miraste el sol enceguecedor de ese medio día de verano y te orientaste por el lado izquierdo de la sombra proyectada sobre tus pies de andar tranquilo. Calzabas tus pisa suaves de siempre y la franela de marinero que no trascendió las islas de los lugares comunes. Hacía calor y las chicharras estaban en su paroxismo, las brisas habían abandonado los caminos desde bien temprano de ese día de decisiones. Miraste hacia el frente y descubriste vericuetos y bifurcaciones, cruce de caminos y caminos sin salidas, escuchaste cantos de pájaros encantados que volaban por el lado contrario de tu andar, las nubes estaban fusionadas en azules y blancos de consistencia frágil... Sentiste deseos de estornudar cerrando los ojos como para exorcizar tus miedos de fantasmas hibridados al instante de abrir de nuevo tu mirada al paisaje desconocido, lo hiciste y no pasó nada... la vida parecía mansa. No hay barullos, pero sí alcanzas a escuchar el rumor del mar que te viene de todos lados y te desorienta el sentido de la soledad. Piensas que mientras escuches las olas sobre las playas de tu infancia de piratas estrambóticos que tomaban ron del Caribe

que les hacía decir palabras en lenguajes desconocidos, mientras sientas el aroma a salitre renovado del mar eterno de todos tus días, no estarás solo. No podrías vivir sin ese sentido de impertinencia porque la pertenencia está sellada a ese mismo mar, que tú dices es el mismo en todas partes aunque le cambien el nombre, al cual has dedicados tus oraciones de feligrés insólito que tienes una sola liturgia, la que expresa tus estados del alma que te son siempre sinceros y cambiantes en los tiempos de lluvias o de brisas frías.

Después, el camino se fue volviendo más sinuoso y a veces pensabas que llegabas al punto de partida. Y volvías a retomar el camino en busca de esa verdad desconocida y la sensación de que caminabas de forma concéntrica hacia un núcleo que reconocías desde el primer recodo. Fue ese extravío por los senderos que pensabas ocultos el que te llevó al convencimiento de que la verdad siempre te ha acompañado y que la tienes de frente a tu nariz y que la has buscado por los lugares equivocados donde se refugian las nostalgias.